

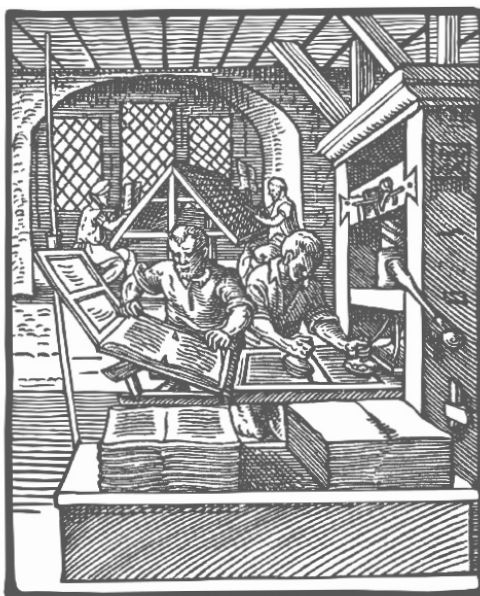
MIL TOROS ROJOS



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON

Manuel Ruiz Hueso
MIL TOROS ROJOS

Edición a cargo de Marvin Thompson



EX LIBRIS.....

.....



GINGER APE BOOKS&FILMS

Título original: *Mil toros rojos*
Autor: Manuel Ruiz Hueso

Maquetación: Rubén L. Conde
Imagen de cubiertas: Héctor Garrido, *Fractal 20* (2006)
Edición a cargo de Marvin Thompson

Colección: Thompson&Thompson
TT07-00015-A
Primera edición en Ginger Ape Books&Films: diciembre 2017

© Del texto, 2017: Herederos de Manuel Ruiz Hueso
© De la imagen de cubiertas: Héctor Garrido
© De la presente edición, 2017: Ginger Ape Books&Films, S. L.

© Copyright.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-943683-6-3
Depósito Legal: AL 1052-2018
BIC: FJH / FT / YFT

Impreso por Mayor Print Industrias Gráficas, S. L.
Avda. Málaga Oloroso, 34
29014 - Málaga

Ginger Ape Books&Films, S. L.
WWW.GINGERAPEBOOKS.COM · WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS

ÍNDICE

(Continúa en la página siguiente)

PRÓLOGO.....	21
PREÁMBULO.....	27
I. NOCHE DEL JUEVES 18 DE OCTUBRE DE 1375.....	29
II. CASTA DE TRADUCTORES.....	43
PRIMERA PARTE: ALMUNIA DE IBN AL-JATIB. OTOÑO DE 1375.....	49
III. VIERNES 19 DE OCTUBRE DE 1375.....	51
1. SUEÑOS Y AUGURIOS.....	57
2. EL SEÑOR DE LA YEBALA.....	67
3. EPLA.....	73
4. EL <i>MURABIT SUHARÍ</i> INSISTE EN EL MITO DE GERIÓN.....	83
5. ÚTMAN.....	89
6. YUSUF.....	97
IV. NOCHE DEL VIERNES 19 DE OCTUBRE DE 1375.....	113
7. TARSIS, EL GRAN RECURSO.....	113
8. 40 AÑOS PERDIDOS.....	129
9. <i>EL RAYAT</i> DE CHARILLA.....	135
10. DONDE EL RÍO NACE.....	145
11. ¿TURPA?.....	159
12. EL <i>MANZIL</i> DE AL-GABRI.....	169
13. DOS MITOS.....	181
14. EL RÍO DE CAZORLA.....	189
15. IBLIS.....	197
16. LA <i>RIHLA</i> DEL JUDÍO BEN FASALFAST.....	211
17. TAL COMO <i>DEBE SER</i> UN TESORO.....	221
18. LA PESTE.....	227
V. SÁBADO 20 DE OCTUBRE DE 1375.....	233
19. EL SEÑUELO DE ÁFRICA.....	237
20. INERCIA-INQUIETUD-REFLEXIÓN.....	249
21. DE <i>TAUS</i> , TAURUS Y TOROS.....	255
22. TARTESOS DUERME.....	267
23. EL <i>TAU</i> DEL REY PEDRO.....	273
24. JAQUE AL REY.....	281
VI. DOMINGO 21 DE OCTUBRE DE 1375.....	291
SEGUNDA PARTE: JUDERÍA DE LOS CAMPILLOS. DE 1375 A 1389.....	295
VII. OTOÑO DE 1375.....	297
25. ¡JAQUE MATE!.....	299

ÍNDICE

(Viene de la página anterior)

VIII. LA CRÓNICA DE AL-JATIB	305
26. UMBRAL DE ÁFRICA	317
27. LA FE ELEMENTAL	331
28. IDENTIDAD BEREBER	339
29. EL ORO Y LA FE	347
30. SIJILMASA	357
31. FEZ	365
IX. EL RELATO DE YEHÚDAH: PRIMERA PARTE	375
32. CINCO MESES DE INCÓGNITA	377
33. INCISO EN GRANADA	389
34. RECUPERAR EL TRONO DE GRANADA	399
35. EL <i>MAWLID</i>	407
36. CAZA A AL-JATIB	415
37. EL SEGUNDO EXILIO DE AL-JATIB	425
38. ¡AL-JATIB VIVE!	433
X. EL RELATO DE YEHÚDAH: SEGUNDA PARTE	443
39. OCHO AÑOS DE RECUERDO Y ESPERA	447
40. MINEROS DE EPLA	453
41. DECADENCIA	465
42. DOS TESOROS DE EPLA	473
TERCERA PARTE: ALMUNIA DE IBN AL-JATIB. DE 1389 A 1392	483
XI. EL RETORNO DE AL-JATIB	485
43. EL ENCUENTRO	489
44. DIÁLOGOS Y REVELACIONES	499
45. HISTORIA DEL <i>TAU</i>	511
46. UN INMENSO TESORO	527
XII. EL RELATO DE YEHÚDAH: TERCERA PARTE	535
47. DOS NÁUFRAGOS EN ALBORÁN	537
48. LA ENTREGA DEL TORO DORADO	543
49. LA GRAN MENTIRA	553
50. EL ÚLTIMO DÍA	561
51. PUDO OCURRIR ASÍ	571
EPÍLOGO	579
<i>KHATM</i>	583
GLOSARIO	587
CRONOLOGÍA. RESUMEN POR CAPÍTULOS	601

A mi familia,

Manuel Ruiz Hueso

Dedicado a la memoria de su autor. También, a su familia más cercana. Y de manera destacada y especial, al mayor de sus hijos, Manuel; sin su concurso y participación directa, este libro, en su forma y fondo actual, hubiese sido imposible. Los errores en los que se hubiera podido incurrir corren por cuenta del que esto suscribe.

Mil Gracias.

El editor

DEDICATORIA A YEHÚDAH BEN ÇAIDÓN

*Porque los ojos cedían al dolor de la espera
Y las siete llamas del candelabro
Ardiendo tanto tiempo,
Tal vez sentimos que la noche ya acaba.
Aprendemos ahora que serán las estrellas
Dadas en servidumbre a la grandeza del hombre:
Son las nuevas palabras que pronuncia
La boca de la risotada última de la muerte.
El hombre será entonces,
Libre y feliz, incluso en Sepharad.
Sin embargo, nosotros, solitarios,
Nos sentábamos junto a la ventana
Y cerca de las blancas
Pupilas de aquel ciego, el extraño adivino,
Y no olvidábamos los mandatos de la antigua Ley:
No mentirás, no robarás, no matarás,
Los eternos preceptos que en todas partes valen,
En Israel y en Golah,
En el reino ya casi conquistado de las estrellas,
Y también, algún día, en Sepharad.
Al menos, en el día en que se juzgue
A Sepharad.*

Salvador Espriú, *La pell del brau*
[Traducción del autor]

Procurad la buena compañía de un libro. En ellos vive el alma del pasado, la voz articulada de los tiempos pretéritos, cuando su cuerpo y sustancia material, por decirlo así, se ha desvanecido por completo como un sueño...

Thomas Carlyle, *De los héroes*

Y procura no reparar en otras historias de aquí en adelante, de modo que parezca verdad lo que también tengo por dudoso...

Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*



MIL TOROS ROJOS

✠✠✠✠
PRÓLOGO

El escritor que ejerce de prologuista de oficio, a veces, ni siquiera tiene que leer el libro. Le bastan el formulario y el formulismo correspondiente al género, acaso una entrevista con el autor, y así el libro va provisto de otro prestigio más o menos importante. Esto no siempre es asequible para el recién intruso en este raro oficio de escribir. Es una de las muchas circunstancias que obligan a que habitualmente sea el propio autor quien prologue su obra. Huyendo del convencionalismo, intentará evitar muchos conceptos que pueden viciar el prólogo como superfluo, innecesario, presuntuoso, cargado de pedantería e inconveniencia, encerrando gran peligro para el conjunto también. Puede arrastrarlo consigo al naufragio.

Según los cánones, el prólogo debería ser breve y orientador, cumplir con el cometido fundamental de presentar el libro y decir lo menos posible sobre sus entrañas. Difícil tarea e imposible obediencia a los consejos del actual maestro de la novela histórica medieval¹: no decir lo que es y no es el libro; ni explicar demasiado de su desarrollo; y mucho menos por qué se escribió. Dejar que lo descubra el lector, que lo sienta sin necesidad de explicaciones previas.

Pero vemos que no es suficiente. Las circunstancias mandan y es preciso añadir algo más. Esto que tenemos entre las manos entra en el género tan denostado por los eruditos como *tópico medieval*, que ha originado efectos con nombre propio. Un género, viene a decir alguno, que está convirtiendo cualquier nimiedad histórica en monstruoso éxito editorial. Y es que este género satisface, entretiene desde otros escenarios. Mas no quiero decir que este libro merezca defensa a ultranza porque sea del género. Pertenece un poco a él, nada más y, por ende, aunque de refilón o soslayo, puede ser alcanzado por la influencia de esa severa crítica a la que es preci-

¹ Se refiere el autor a Umberto Eco [N. del E.].

so adelantarse en consecuencia, al tiempo que agradecemos a otros escritores triunfadores que, más benevolentes, concedan que no se debe regañar a nadie por lo que lee; quien sea, es libre para escoger. Efectivamente, en base a ese rigor implacable y a una disconformidad total, no hay que esperar que ningún pedante aspire a culturizarse con este tipo de literatura los fines de semana. Este libro al menos no lo pretende: ni por sí mismo ni conjunto los muchos del mismo tipo conseguiría lo que se presupone que ya posee: Cultura. Y a lo que aspira: encontrar un lector que sabe lo que elige, seguramente para pasarlo bien.

De paso, preguntarnos, ¿hay alguna nimiedad histórica? Si la hubiera, cabe reconocer un mérito en el hecho de convertirla en un libro de ámbito universal, como lo fueron los muchos que aparecerán recogidos en la presente obra.

Era preciso decir algo. Porque apenas abierto el presente volumen el lector tropezará con vocablos, incluso voquibles en su acepción jocoso-peyorativa, nombres asociables a la más reprobable acepción del tópico, lugar común y recursos trasnochados, cuando en realidad no son más que referencias obligadas que, a primera vista, inducen a esperar la máxima significación y protagonismo de personas y otras cosas que no las tienen.

Ante todo recalcar que no estamos ante una novela histórica al uso, ni tampoco ante historia novelada. Se trata de un relato estructurado con retazos de otro de mucha y mayor envergadura, apoyado en lo histórico, fundamentalmente en un período que abarca la práctica totalidad del siglo XIV, dentro del ámbito del reino nazarí de Granada. Adelantar que su tema central, aunque lo parezca, no es Granada ni la Alhambra; ni Sefarad, Tartessos o la Gerioneida².

² *La Gerioneida*, obra del poeta griego Estesícoro (640-555 a.C.); detallada exposición del décimo trabajo de Hércules: el héroe se desplaza hasta la isla de Eritea, situada en la desembocadura del río Tartessos, para robar el ganado del tricépite Gerión, hijo de Crisaor y la oceánide Calíroo [N. del E.].

Tampoco lo es el río Guadalquivir, aun siendo su presencia casi constante en estas páginas como soporte y conductor de todo.

El impulso de escribir este libro, que no era precisamente el que el lector sostiene entre sus manos, surgió de la controvertida cuestión del nacimiento del *padre Guadalquivir*. La polémica suscitada por sus dudosas fuentes no es de ahora ni afloró en los últimos cuarenta años. En la Edad Media, los geógrafos omeyas y nazaríes se ocuparon de ello durante su dominio y aún durante los largos siglos de guerras contra los emergentes reinos cristianos; ni la geografía física ni la política consiguieron un acuerdo. Sería largo y en exceso personal decir cómo tuve el primer indicio de esas dudas en 1948, recién llegado a Cazorla. Cuando la polémica *explosionó* años después en virtud de un estudio técnico y científico magistral, pluralizando *Guadalquivires*³, sentí el prurito de profundizar en sus argumentos y sacar de ellos un libro que, repito, no es este de ahora. Me introduje tanto en el río que en él encontré lo demás. Siguiendo su curso milenario repleto de historia, inquietada la intimidad de sus fuentes, me detuve en el siglo XIV, momento en el que abandona las legendarias tierras de Epla, donde puede nacer más granadino que de Jaén, más nazarí que cristiano. Aguas abajo de la gran cuenca del Guadiana Menor deja atrás pueblos importantes, a un lado Granada y al otro Jaén. Sin detenerlo en Córdoba y algo más en Sevilla, lo dejamos fluir hacia la marisma, hacia Tartessos. Y una vez más ni el río ni Tartessos son el tema central, pero sí la fabulosa riqueza de este antiguo reino peninsular. Una riqueza condensada en el tópico más pueril y trasnochado de la literatura... ¡Un tesoro! ¿Histórico? ¿Posible? ¿Probable? El único tópico que resiste siempre, imponiendo su peso específico.

El tesoro es lo que requiere explicación en un prólogo que no debiera explicar absolutamente nada. Es precisamente lo más atávi-

³ Cita el autor el estudio titulado precisamente *Guadalquivires*, editado en 1977 con motivo de la celebración del 50 aniversario de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir [N. del E.].

co e inconsistente lo que requiere un apoyo para no ser confundido ni maltratado. Sin salir del estado de entelequia, ya provoca circunstancias y comportamientos extraordinarios en moros, judíos y cristianos; tanto a título individual como agrupados en estamentos políticos, civiles o religiosos. Todo enlazado con la historia formal. Respecto a la justificación de un tesoro con influencia en la política de gobierno de al menos seis sultanes nazaríes, he aquí una nota intercalada en un capítulo que ahorra extensión a este intento.

A lo largo de su relato Yehúdah se refiere con frecuencia a la decadencia de Granada, fenómeno estrechamente ligado a la polémica, y a la inconcebible atención que los nazaríes del siglo XIV prestaron a las relaciones legendarias, a hechos de por sí fabulosos, de modo que sus derivaciones llegaran a constituir algo más atendible y decisivo que la misma historia.

Y en este libro, forzosamente, en la elección de fechas y sucesos que le han sido precisos para ser compuesto, la decadencia tuvo que ser al menos leída y repasada. Su análisis formal incumbe a quien corresponda y sepa hacerlo, no a nosotros. Sin duda, la decadencia requirió de una fábula, del oro fabuloso, de un tesoro, o viceversa. La fábula pudo ser considerada, precisamente por esta decadencia, como un refugio, siendo en realidad su exponente.

¿Quién es Yehúdah? El verdadero protagonista humano de este relato, un judío sefardita miembro de una familia de traductores de Toledo emigrados a Granada en el siglo XII, archivero de la madraza, autor de un ingente relato del que se ha extraído lo necesario para el nuestro. Su recuerdo obliga a rendirle especial atención: un judío del siglo XIV sugiere inevitablemente la idea de Sefarad. Ya dijimos que este no es el tema central de la obra y apenas se menciona, pero todo transcurre en su espacio. ¿Yehúdah? Él es Garnata al-Yahud, es Sefarad. Es la esencia de su espíritu y sentidos, de su

contenido humano y sobrenatural extrahumano. Caracteres que no se manifiestan con estridencia, pero se advierten en todo el libro. Habremos de buscarlos, de momento, entre las líneas solo evocativas de un poema de Salvador Espriú, con tantas y tan ricas alusiones que ninguna parcela mejor que esta para la dedicatoria a nuestro personaje y al sueño de los suyos: *ser felices hasta Sefarad*. Ni el fin ni las vicisitudes para alcanzarlo alguna vez serán fáciles.

¿Y los toros? ¿Son protagonistas importantes? Si encabezan el título del libro por alguna razón será.

Hemos cumplido a medias. El prólogo no ha sido breve. Forzosamente y en defensa propia, explicativo; también puede obrar como exordio, animando al lector a introducirse con gran atención en lo que sigue; solo entonces quizá descubra gozoso una insólita aventura que agotó veinte siglos sin que su protagonista perdiera su brillante y mágica cualidad.

M. R. H.



PREÁMBULO



I. NOCHE DEL JUEVES 18 DE OCTUBRE DE 1375 DE LA ERA CRISTIANA

Lo que se narra a continuación podría haber sucedido de esta manera:

La distancia que los separaba entre el altillo de una dependencia de la madraza*⁴ y el alminar de la mezquita mayor no alcanzaría más de cien pasos. Viéndose puntualmente cinco veces al día durante algunos años, ¿quién no llegaría a trabar un conocimiento, una cierta amistad? Solo el que no encuentra valor ni significado en el hecho o, quizá, quiere conservar un enemigo para matarlo alguna vez. Sería más difícil matar a un amigo.

Podían identificar sus respectivas facciones aun a oscuras. Más de una vez habían coincidido en actos públicos o en la Escuela de Estudios Generales. Sin duda habrían podido intercambiar unas palabras. Hoy, como cualquier otro día, un simple gesto de saludo en la corta distancia sería lo normal, sin tener que significar un cambio de disposiciones. Uno, el judío, no realizaría el gesto primero, al no estar seguro de ser correspondido por el ismaelita. A pesar de ello, salvando la barrera de los prejuicios siempre latentes en el decurso de la forzosa y extraña convivencia, una vez más, Yehúdah procuró desvanecer su peculiar sonrisa, mezcla de la expresión irónica que se le atribuía y de un vago intento amistoso. A Yehúdah le bastaba su displicente indiferencia. El muecín, por su parte, también pretendía estar en su sitio, pero con displicente soberbia. Como todos los días, siguieron viéndose sin mirarse. Ambos esperaban la noche con distintos propósitos: uno quería congrega a la gente; el otro, a no tardar, deseaba no encontrar a nadie en las calles.

El día declinaba muy lento en aquellos crepúsculos otoñales

⁴ Todas las palabras con asterisco volado encuentran correspondencia en el glosario final [N. del E.].

prolongados y rebosantes de vida en los que Granada⁵ se resiste a sumirse en la obscuridad nocturna, haciéndolo con pereza, poco a poco, saturándose de los perfumes de una segunda primavera, fugaz retorno de la que no dejó demasiado lejos su recuerdo para dormir bajo el estío. Ahora embalsamaba de nuevo la brisa cálida, dominada a intervalos por la fragancia de los humos sutiles que desprendían los primeros hogares prendidos en las casas de las riberas del Darro, arrabales del Mauror, Axares y Albayzín. Yehúdah amaba aquel aroma, la costumbre de encender los hogares con ramajes de alhucema, un incienso que valía en sí mismo para inspirar paz y amor. Volvió a mirar al muecín de la mezquita y pensó en la amistad. Este, simple funcionario sin otro mérito que su voz sonora y vibrante capaz de arrodillar a una multitud al pronunciar *Allahu Akbar...*; altanero, domeñando los pelos de su barba puntiaguda, pensaría, tal vez, que quien tenía enfrente era solo un *dhimmi**, respetado a veces, despreciado otras y odiado siempre.

El anciano Yehúdah leía pacientemente, apoyada la cabeza en su mano derecha, que seguía sosteniendo el cálamo con el que de vez en cuando escribía o corregía, como jugando con letras y signos extraños e intrigantes para cualquiera. En ocasiones espiaba sin interés al muecín, que con aire esquivo aparecía y desaparecía de su vista por entre los huecos del alminar, como de costumbre cada tarde a esa hora, esperando el momento de proclamar el *salat** de la noche o *alatema**. Su voz clamaba cuando las últimas luces del cielo alumbraban la montaña del Solair, resultando un efecto igual al de la llama del candil, que se reaviva como un suspiro antes de extinguirse, instante en el que la obscuridad llega inadvertida.

También los gorriones esperaban ese momento. Aunque iban

⁵ Para mayor comprensión y agilidad en la lectura, los términos toponímicos respetarán su ortografía actual. El lector encontrará excepciones en aquellos casos en que el texto o el devenir de la narración así lo justifiquen. En dichos casos, se empleará el topónimo más adecuado a los conocimientos geográficos de la época o los períodos históricos referidos, pudiendo diferir del común o más correcto por razón de las fuentes empleadas por los personajes [N. del E.].

llegando para dormir en las cornisas, en las bocatejas o en los nidos usurpados a los vencejos ausentes, no se apresuraban aún. Los más, iban apretujándose juguetones bajo los salientes, en bandas espesas que sugerían el tacto tibio y suave de un jirón de terciopelo pardo. Los gorriones se quedaban, en tanto que los vencejos ya hacía días que, sin posarse en punto alguno, se aprestaban para marcharse. Todavía se veían algunos, muy altos, esperando la congregación para emprender su gran viaje.

«¡Qué fácil para ellos!», se decía Yehúdah. Perderse en el espacio inmenso sin pensar o sin saber si tenían que regresar. Los envidiaba. En cambio, le preocupaban los gorriones; y a su costa había tenido una charla con Rasmadhi Abdijah, a quienes los íntimos conocían por Chaturanga. Su amigo había comprendido por fin cómo estos pajaritos podían vivir con el enemigo tan cercano, en la cornisa superior, apenas veinte pies por encima de la que ellos ocupaban. Se refería a los halconcillos gavilanes, los alcotanes: «Igual que tú, gorrión judío, que vives rodeado de gavilanes —le increpaba Chaturanga—; igual que tú, a fuerza de astucia y atención, sabiendo decidir a qué hora salir y cuándo regresar sin destacar mucho. Se miran, grajean, y con eso es suficiente».

De haber estado cerca, las miradas del judío y el musulmán se hubieran cruzado en derechura sin intención. La del uno, convencido de que La Meca estaba hacia allá, y la del otro, observando cómo en el horizonte opuesto al Albayzín se elevaba una fina columna de humo blanco de zarza y retama informándole que podía subir sin preocupaciones a la almunia, donde era esperado. Viendo el humo, se entretuvo pensando cuántos millares de insectos diminutos se retorcerían en las llamas de aquel fuego que no alcanzaba a ver; como queriendo estar en todas partes con los sentidos exacerbados, lo imaginaba crepitando suavemente. Era la vejez que se resistía a la obscuridad, el deseo de salvar de las tinieblas todo lo que un día, ya lejano, había sido el ilusionado aprendizaje de la vida. Imposible

llevarse lo consigo, pero ¿dónde dejarlo?

Pensativo, limpió la aguda punta del cálamo; ¡ni siquiera tenía tiempo de escribirlo todo! Se repuso y aún permaneció a la espera, sonriendo ante la inquietud del muecín que por fin se aprestaba a convocar el quinto y último rezo del día desde el ventanal de levante. Yehúdah separó la hoja en la que había estado dibujando un complicado conjunto de letras y signos, una especie de código inextricable, dispuestos de tal modo que conformaban una cruz semipotenzada o esvástica irregular pero bien significada. Letras griegas, hebreas y arameas primitivas, de alfabetos silábicos, fonéticos y, en su mayoría, totalmente extraños a desconocidos. Signos que no decían nada, pero que a buen seguro intrigarían a quien los curioseara.

Ya de pie, añadió un último signo y sonrió con satisfacción. Dejó el papel sobre la mesa convencido de que sería examinado por alguien tan intrigado como lo estarían, poco después, el visir Ibn Zamrak y, tal vez, el propio soberano.

Tampoco guardó la hoja de seda amarilla en la que supuestamente limpiaba el pico del cálamo al espesar la tinta. Estaba manchada, salpicada de un modo tan natural que difícilmente se podía imaginar que era el complemento del intrincado jeroglífico de signos. Efectivamente, bastaba superponer la hoja de seda para encontrarlo más explícito, pues dotaba de vocales a los alfabetos que carecían de ellas. Para quien conociera el código hebreo, el complicado *atbash**, podría ser una vana sospecha de acierto. En realidad, no era eso ni otra cosa. No era nada, absolutamente nada.

Luego recogió las hojas escritas con la misma caligrafía y las introdujo en una carpeta de piel muy leve. Volvió a leer el principio del *Qobeleth** de Salomón, *Vanidad de Vanidades*, y colocó una señal suponiendo que también sería curioseado.

Llegaba la noche. Hasta el alminar pareció velarse a cobijo de una sombra translúcida, difusa y súbitamente extendida sobre todo el ámbito alcanzado por la vista, la vega incluida. Vibró en el aire la

llamada del muecín. Los fieles surgieron de pronto, como si hubieran estado a la espera tras las puertas de sus viviendas. Era de noche y el cielo no dejaba de ser azul. Yehúdah se irguió despojándose de su almalafa de pardo algodón, colgó de los hombros las dos carteras de badana repletas de papeles y volvió a cubrirse con la prenda. Descendió por la escalera hasta la densa penumbra del vestíbulo, donde le sorprendió la pesada humanidad del cancerbero, portando la gran llave en una mano y ocultando un bostezo con la otra. El acostumbrado y sonoro portazo cortó el saludo. «Shalom», en sus labios apretados; «salaam», en los del que quedaba dentro.

No era ya buena hora para andar por algunas calles de Granada, y menos para un judío, aunque Yehúdah podía ser de los pocos que se arriesgaran, casi intocable por sus oficios en la Alhambra y la madraza. Por esto, andaba con aire distinto al de su gente, con porte digno, sosegado y exento de actitudes recelosas. Mostraba una presencia que desmentía una edad que nadie podría calcular con acierto, siendo muchos los años de su cuerpo ágil, delgado pero vigoroso, que se negaba a claudicar. Los ojos muy vivaces aún tenían un brillo saludable y se advertían atentos al amparo del manto franjeado que llevaba acomodado en la cabeza y parte del rostro, dejándolo caer con holgura sobre los hombros. El jaique bereber, adoptado no por afecto, sino por comodidad, abierto de modo tal que las haldas, recogidas en los lados, disimulaban el volumen de las dos carteras. No lucía distintivo alguno de los preceptivos para diferenciar a los judíos. Si Yehúdah no vestía sedas ni montaba caballos era porque no lo deseaba, en tanto que los árabes dictaban sus leyes en un primer gesto de soberbia incontenible, para luego contradecirlas con excepciones aleatorias que no eran sino un signo más de su decadencia.

Anduvo despacio sintiendo vibrar sobre su cabeza la exhortación del muecín que, en la noche de los jueves, llegaba a lo más alto de Aynadamar* y del barranco del Darro, ordenando el cumplimiento de las alemas; simultáneamente a su voz, el agua de los azudes de

riego debía desviarse para discurrir por atarjeas y canales durante esa noche y el día del viernes con destino al abastecimiento de aljibes públicos y privados. Pronto, el murmullo del agua se uniría al de las plegarias recitadas, que ya se percibían rítmicas al pasar junto a las ventanas de algunas casas. En otras, las pertenecientes a la élite árabe, se iban amortiguando los ruidos y las risas femeninas, que prolongaban demasiado el alboroque del *al-jamís**: en ausencia de hombres, las mujeres mantenían la tradición de agasajar a sus amigas precisamente las tardes de cada jueves. En conjunto, los que obedecían la voluntad de Alá, se preparaban hoy para festejar el día siguiente, el más sagrado para ellos, el viernes.

Yehúdah disponía de las restantes horas de la noche, de todo el viernes, por estar cerrada la madraza, y todo el sábado, festivo que le correspondía como judío. E incluso podía contar con algunas horas del domingo. Casi tres días muy precisos que, desde hacía tiempo, venía empleando cada semana en algo distinto a sus cometidos oficiales. Algo que llevaba a cabo de un modo subrepticio y que constituía la causa de sus preocupaciones. De manera que tampoco esa noche sus pasos fueron los acostumbrados para retirarse a su casa en la judería. Y así, tras cruzar el Darro por el puente de Los Alcorques e internarse no más de media legua en las primeras callejas del arrabal judío, se detuvo un instante en el quiebro más umbrío de un adarve del que salió un hombre que, exactamente vestido como él, le sustituyó sin dilaciones en el trayecto que hubiera debido seguir en un día cualquiera. Yehúdah torció bruscamente a la izquierda por un dédalo de callejuelas empinadas que lo situaron enseguida bajo los muros del Hins Mauror*. No se demoró allí, sino que salió de nuevo hacia el Darro, remontando por su orilla izquierda con bastante rapidez y pasando de largo el puente del Cadí* sin toparse con nadie. Tampoco tomó el siguiente puente y acabó por salir de las murallas para continuar remontando el Darro desde el exterior.

No se detuvo hasta llegar ante el puente de Ibn Rasiq*, que cru-

zó rápidamente para esperar oculto tras el aljibe contiguo, en el que borboteaba ya el agua proveniente de las acequias. Un breve descanso y se perdió en lo más oscuro del bajo Albayzín, descendiendo ahora por la orilla derecha. Bordeó la muralla hasta la puerta de Axair y ascendió por una calleja muy empinada, cerrada al fondo bajo un adarve prominente que le confería la apariencia de cueva, al final de la cual se encajonaba una puerta a la que llamó suavemente. Correspondió al abrazo de un hombre encorvado que murmuró su saludo conforme al ritual hebreo.

Momentos después, Yehúdah había cambiado sus sandalias por otras más fuertes y caminaba provisto de un báculo de avellano. Las haldas del jaique, escurridas tras dejar las carteras en casa de su amigo, le permitían ahora andar con más soltura. Empezaba a remontar las cuestas del Albayzín, que le conducirían a las inmediaciones de la Alcazaba Qadima* en un zigzagueante trayecto que acortaba tiempo y esfuerzo; tan bien estudiado y conocido por él que, en poco rato y sin notar cansancio, estaba en su cumbre amesetada, al tiempo que una luna grande y dorada se elevaba sobre el bosque de Fajalauza, apagando el tenue resplandor rojizo que persistía a poniente. Al volverse para contemplarla, distinguió en la hondonada del Darro, al pie de la muralla nueva, cuatro o cinco destellos de teas prendidas, débiles y como furtivas. Desde su posición, sonrió entre irónico y compasivo y, hablando en baja voz, se dijo: «Granada, desde la medina a la última alquería de la vega, de nuevo se obsesiona con la idea de tesoros ocultos, con el oro del Darro y la búsqueda desesperada de riqueza, que suponen, una vez más, la ilusión de los desesperados, de los maltratados por las plagas y las sucesivas invasiones; y lo hace sin salir de la miseria, bajo la férrea presión de las alcabalas* impuestas por sus mandatarios, que, al igual que el pueblo, temen la pobreza».

Respiró profundamente. En lo alto del Albayzín, preferió sentir el aire suave en su rostro, dejando caer el manto sobre sus hombros.

Ahora percibía mejor los rumores del Darro. Había llovido mucho hacia mitad y final de verano; el río bajaba impetuoso, alegre y, sobre todo, limpio de las inmundicias y los olores del estío, de cuando el río se estancaba a trechos y la miseria del aluvión fermentaba bajo la maleza, de la que ahora sobresalían árboles frondosos, madresevas y las últimas floraciones de mirtos y jazmines.

Pasó por detrás de la mezquita de este arrabal, en la que continuaba la salmodiada plegaria del azalá. Se volvió a mirar hacia la Alhambra y, de nuevo, fue consciente de aquella enigmática sonrisa que apenas se borraba alguna vez de su rostro avejentado.

En aquel momento, en la profunda obscuridad de la vega, parecían formarse espejos de plata: eran los remansos del río Genil. A lo lejos, alguna fogata; y muy cercano, a sus pies, los rumores de la noche, sonidos apenas convertidos en ruidos y aromas vivos que denunciaban al animalejo que le precedía en el sendero removiendo las plantas silvestres; alguna alimaña, tal vez un simple conejo o un gato cazador entre las albahacas y cambrones. Le sorprendió que aún vibrasen tan profusos en el aire los reclamos estridentes de los grillos, cuando ya el calor cedía y las madrugadas eran más frescas. Se complacía valorando aquel alarde de vitalidad de un animal tan pequeño, capaz de producir un sonido que llenaba espacios dilatados y tan desproporcionados a su tamaño, como un reto a toda la vida adormecida en la noche. Calculó que este trino provenía de los prados de la alquería, distante más de una legua por el camino de Alfacar.

Mucho le hacía pensar todo lo que en derredor veía. Durante un buen rato siguió con la mirada el lento ascenso de la luna, a cada instante más claro su tono dorado, abstraído por el fenómeno óptico que la hacía iluminar con mayor intensidad la montaña del Solair en defecto de la tierra que estaba pisando; y que ya en lo alto anulaba el resplandor de las estrellas, en aquel firmamento principio de todo y que jamás sería final de nada. Reparó en que esa noche estaba

tardando más de lo acostumbrado en llegar a la primera línea de la muralla de la alcazaba. Anduvo un poco más deprisa para dejarla a su izquierda y colarse por entre una estrecha abertura en el recinto amurallado. Silencio absoluto en la Qadima. En la mezquita de los morabitos, una tenue luz recortaba la ventana del alminar. Aquí y ahora, como otras veces antes, le volvió el recuerdo de siempre, la odiosa evocación de aquel *murabit**: «¡Maldito *subari**, que encendiste un fuego que aún sigue ardiendo!».

Lo acompañaba silencioso el gallo de los vientos, que señalaba terne el sur desde la última ventolera de solano, ya hacía veinte días. Se guio por el gorgoteo del agua en la atarjea, olvidando las acequias, que ya no distribuirían alemas de riego hasta el día siguiente. Aún sonaban aislados algunos golpes en las estacas que afianzaban los atajaderos y compuertas, desviando el agua hacia los aljibes. La de la fuente de Aynadamar, que venía de la acequia grande de Alfacar, a dos leguas y media, corría ya por otras: la Romaíla, la de Axares y la Real de la Alhambra, y rebosaba en numerosas azacayas y cauchiles. Abandonó el recinto amurallado atravesando una antiquísima rauda, la del Socaster* o cementerio viejo. Al final del prado, aún permanecían los rescoldos de la hoguera que a la puesta del sol le había comunicado la ausencia de intrusos. En aquel momento, los ladridos de unos perros rompieron el silencio de la noche. Yehúdah permaneció en el arranque de la escalera ruinosa de una torre albarrana hasta cerciorarse de que le eran conocidos; solo entonces prosiguió hacia el final de su camino. Se complació antes bebiendo de la fuente de Aynadamar, de la que en efecto manaban *lágrimas* de agua muy fría, que ahora recogía en el hueco de su mano. En el lindero se abría el haza de los almendros y, doscientos pasos más allá, comenzaba el gran robledal. Esperó un poco hasta que se le acercaron amistosos los perros, indecisos todavía entre atender a sus palabras susurradas o a las voces de quien los llamaba desde más allá.

—¡Sahib, Quasim, Bezor!

Por fin estaba en la almunia de Ibn al-Jatib, también llamado Lisanedín*. Como siempre que llegaba a este punto, su primera mirada fue a recaer en la ventana de la habitación que Lisanedín había usado como lugar de estudio durante tantos años que trabajaron juntos. Ben Hazel acudió a recibirlo. Yehúdah se volvió una última vez hacia la Alhambra, que surgía en la obscuridad a contraluz del monte Solair y de la bruma plateada, casi al alcance de la mano; y una vez más, volvió a sentirse complacido al comprobar que la almunia se alzaba por encima del palacio. Poco, pero más alta. Allí siempre le invadía el mismo pensamiento: había perdido su vida entre papeles, pero ya era tarde para cambiar las cosas. A su edad, se conformaba con embriagarse aspirando el aire perfumado como premio al esfuerzo de tantos años. Tenía una doble misión que cumplir: terminar lo que le había encomendado su amigo más lo que él mismo se había impuesto, siendo cada deber parte del otro.

La estancia era el más amable refugio para Yehúdah, más aún que su propia casa. Apenas empujó la puerta, percibió los perfumes tan apreciados por él como lo fueron para Lisanedín. De las vigas pendían manojos de membrillos, peros, manzanas tardías que maduraban sin prisas. Puso la palma de la mano sobre una cántara de barro cocido que rezumaba perlas de agua fría, agradeciendo la atención a Ben Hazel. Revisó las mamparas que en cada ventana impedían el paso de la luz pero no del aire, colocadas de manera que nadie sospechara que la tan vigilada habitación estuviese ocupada por el también vigilado judío.

En aquella dependencia, compuesta por dos habitaciones, Yehúdah había acumulado durante más de treinta años toda clase de escritos, libros y documentos de muy diversa índole y procedencia, junto con miles de notas clasificadas referentes a todas las materias que dominaba. También, aunque no fuera fácil dar con ellos, se encontraban aquí muchos duplicados de documentos de la madraza; traducciones, trabajos inéditos —cuya ordenación solo Yehúdah

conocía en su calidad de archivero— y escritos codificados mediante un sistema tan complejo que cada palabra se conformaba a partir de letras griegas, árabes, arameas o provenientes de alfabetos primitivos prácticamente olvidados. A medianoche reemprendió la tarea semanal iniciada dos años atrás. Durante cuatro horas reunió medio centenar de folios extraídos aisladamente de otros tantos libros y legajos en los que habían estado escondidos; los más recientes databan de hacía cuatro años; muchos eran los fechados con anterioridad.

El fresco relente de la madrugada se coló por las celosías, lo que aprovechó para entornar algunas de ellas. Se sintió acariciado por el silencio, su gran aliado, y se rindió finalmente al sueño que cerraba sus ojos. En la menorá chisporroteaban siete candelas, casi agotados los pabilos. Curioso candelabro para un judío. Siete brazos sustentados por un pie que reproducía el lábaro cristiano de Constantino. Yehúdah sonreía medio dormido, absorto en recuerdos como siempre que rezaba, acariciando el candelabro que representaba el ideal de la secta a la que pertenecía y que había traído su madre de la Septimania. Su mano quedó reposada sobre los papeles ordenados, sumiéndose en un profundo sueño, al cual se dio sin inclinar la cabeza ni el torso.

Estos documentos y notas, una vez ordenados, formarían una suerte de diario minucioso, un memorial extenso iniciado tiempo atrás y que ahora repasaba, corrigiendo y puntuando desde el principio con una rapidez y exactitud impropia de su edad; acotaba grandes párrafos traduciéndolos directamente al romance castellano. Unos están escritos en tiempo presente, otros en pretérito; todos ordenados sin ilación cronológica. Al principio quiso persistir en este inconveniente de ordenación, pero al considerar que sería divulgado, decidió consignar atentamente los hechos según estricto orden cronológico.

Sin esas cualidades, hubiera sido tan inútil para él intentarlo, como imposible para nosotros extraer el tema que ahora nos ocupa.

Por tanto, consideramos pertinente la siguiente aclaración: el atrevimiento de Yehúdah es solo comprensible desde su convencimiento de estar escribiendo una obra magna. Como es evidente, no podía suponer que de ella serían entresacados, exclusivamente, tiempos y sucesos referidos a un tema específico de entre los muchos que componían su relato. Quizá sea este el menos trascendente, pero sin duda constituye la más apasionante aventura en pos de un tesoro histórico; una búsqueda que se enmarca en una época fundamental para la historia de España y que recoge el consiguiente proceder de todos los pueblos que en ella dejaron su impronta.

Esta previsión de Yehúdah, quien además consignó los sucesos según el calendario cristiano, haciendo gala de una providencial clarividencia, nos ha permitido usar su relato con la máxima fidelidad para la elaboración de la obra presente. La primera parte del libro se estructura en diversas etapas repartidas durante tres días del otoño de 1375, momento en el que concluye la redacción de hechos pretéritos y traslada en secreto el conjunto de sus anotaciones —hasta entonces diseminado y oculto entre los libros de la almunia— a su domicilio de la judería de los Campillos, hecho que marca el comienzo de la segunda parte. La tercera se articulará hasta alcanzar el final de su relato, ya en la almunia nuevamente.

Durante esos días y noches de otoño, Yehúdah corrige, añade y comenta sucesos acaecidos en los últimos sesenta años hasta alcanzar su presente, a partir de cuyo momento seguirá escribiendo, pero ya abandonando el pretérito.

Se ha considerado conveniente que las fechas que encabezan los textos vengán precedidas por un 'De', indicando que lo que se relaciona fue extraído de lo correspondiente a un tiempo determinado dentro del gran conjunto que integra la crónica completa. De esta se ha obtenido únicamente el contenido que interesa a la trama de este libro. Para la mejor comprensión del texto en unidades narrativas autónomas, se ha tenido a bien compartimentar la crónica en capítu-

los, de cuyo título solo nosotros somos responsables, con el objetivo de dar continuidad al relato que aquí nos atañe.



II. CASTA DE TRADUCTORES

Nada importa mi verdadero nombre, acerca del que todavía tengo dudas. Durante mucho tiempo, cuando he preguntado por mi identidad, me han dicho que soy judío, que pertenezco a las gentes del Libro, del Pacto. En mi familia, el amor pudo sobre todo lo demás, teniendo lugar entre personas que estaban dispuestas a transmitir la felicidad y la voluntad de rehacer el trono del padre Abraham.

Para ellos no soy más que un *dhimmi*, aunque no pague tributo. Podría ser moro, judío o cristiano, sin apenas diferencias, según el lugar donde habitara. En dos puntos de mi cuerpo hay cicatrices que esconden en su interior sendas joyas de oro de incompatible identidad: la estrella de David y la cruz de Cristo. Lo que difícilmente podría demostrar es que fui circunciso por determinaciones ajenas a rituales puramente hebreos. Ser musulmán no requiere un distintivo especial. Los hay incluso blancos, de ojos azules, rojos, negros y pardos; igual que nosotros, los judíos, podemos ser aceitunados, rubicundos, de cabeza corta o alargada. La diferencia es que ellos no tienen que demostrar nada. Afortunadamente, nunca ha sido preciso abrir mis cicatrices, que siguen guardando esas pequeñas divisas. Hoy, en Granada, todos sabemos quién es quién y, por ahora, parecen haber pasado los peores horrores que mi padre anunció en su día.

Siempre me llamaron Yehúdah, pero a veces mi madre, mientras me acariciaba de niño, me llamaba, con aquella voz tan suave, Joseph. La relación de mi ascendencia debe explicar por qué me he decidido a escribir este relato, sustentado en gran parte sobre el que escribió mi maestro y amigo al-Jatib, mi apreciado Lisanedín. Ambos hemos trabajado para Granada y ambos la llevamos en el corazón, aunque yo, al contrario que él, siempre la he llamado Garnata al-Yahud*.

Existe un motivo inicial para que en esta habitación se escribiera esta historia. La de Córdoba estaba escrita, también la de Sevilla, pero no la de Granada. Lisanedín la empezó titulado *El resplandor del plenilunio*, versando en origen sobre la dinastía zirí. Sin ser lo instructiva que yo desearía, tengo archivada mi propia versión. Tendrían lugar sucesos que me harían recelar que mi amigo no pudiera terminar su tarea. Debí intuirlo él mismo cuando, antes de su desaparición y una vez estuvo seguro de mi capacidad y garantías, empezó a confiarme la ordenación de gran parte de sus trabajos y la introducción en ellos de datos de mi exclusiva posesión.

Mi familia cambió de nombre muchas veces. Ben Çaidón fue el último, cuando, a raíz de la entrada asoladora del conde Ramón Borrell en Córdoba, de la que obtuvo un gran botín material y humano, enfiló hacia Alcalá la Real. El califato decaía, pero su población judía seguía en auge. Fueron apresadas muchas personas estudiosas y de especiales aptitudes, en su mayoría judíos que dominaban hasta cuatro y cinco lenguas —incluida la aramea—, en las que habían llegado a escribir crónicas históricas y tratados diversos, indescifrables para casi todos. Entre los esclavos conducidos a Barcelona y la Provenza, debieron ir algunos de mis antepasados, lo que no impidió un dificultoso contacto con los que, por las mismas razones del saber, quedaron en el califato, gozando de gran consideración, que aún fue en aumento con la definitiva caída de este. El ansiado regreso de mis antepasados a Granada tuvo lugar dos siglos después. Siendo inminente el ocaso de Córdoba, la rama principal de mi familia pasó de Alcalá a Toledo, anticipándose a las turbulencias de al-Andalus, que por entonces se veía amenazada desde África por los seguidores del almorávide Ibn Yasin. Ya en Toledo, mi tatarabuelo Mose, por su condición de calígrafo excepcional, entró a formar parte de la Escuela de Traductores que sabiamente mantenían los arzobispos y reyes de Castilla. Desde entonces⁶ y hasta hoy, este

⁶ Año 1180 d.C. [N. del E.].

antepasado mío dejó fijado un destino duradero para todos sus descendientes, que durante generaciones no abandonaron sus valiosas enseñanzas.

Así que durante casi dos siglos, incluyendo a mi abuelo Symuel y a mi padre Isaque, cinco generaciones de Ben Çaidón dieron su correspondiente traductor a la Escuela de Toledo, incrementando su acervo cultural como mejor fiador de una seguridad que no tuvieron los judíos de Sefarad en general, ni los de Granada en particular. Al tiempo que moría mi bisabuelo Jacob a los cien años de edad, nacía mi padre, justo en la medianía de la pasada centuria. Veinticinco años después, fue llamado a la corte nazarí de Granada para desempeñar el cargo de archivero al servicio del sultán Muhammad⁷, el segundo de su nombre, apodado sabiamente al-Faqih, el Jurista. El que poco después sería mi padre llevó consigo a Granada muchos documentos preservados por sus antepasados en Córdoba y Sevilla, pero lo que realmente vino a aportar fue el prodigioso archivo de su memoria y un vasto conocimiento sobre los años victoriosos de Muhammad. En Granada, se le confió una ingente documentación al respecto, en parte desconocida por los nazaríes y, sin embargo, ampliamente trillada por él.

Algunos miembros de mi familia permanecieron en Alcalá la Real a causa de la inseguridad creada en la zona desde que los judíos de nuestra rama intervinieran en las conspiraciones entre Mardani, el Rey Lobo de Jaén, y su suegro Ibrahim, que llegó a ocupar Granada. Después de depurada, mi gente pasaría a la capital nazarí, asentándose primero en la antigua judería, al pie del Albayzín, y posteriormente en la actual.

Yo nací en Granada, en la judería, a comienzos de la última década del siglo decimotercero, según computan el tiempo los cristianos. Una curiosa historia rodea mi nacimiento. Fui engendrado

⁷ El lector puede consultar los nombres dinásticos de los reyes cristianos y nazaríes en el apéndice *Cronología. Resumen por capítulos* [N. del E.].

muy lejos, en la Provenza, en tanto que el que habría de ser mi padre permanecía soltero con cuarenta años en Granada. No es un misterio. Hice el largo viaje en el vientre de mi madre, que a los pocos días de casada enviudó del mayor de los hermanos de aquel a quien siempre llamé padre. Años atrás, mi padre natural había marchado a aquellas tierras para buscar y conocer a los descendientes de los familiares que fueron cautivos del conde Ramón Borrell de Barcelona. La búsqueda de vínculos familiares, aun después de casi tres siglos, es precepto ineludible de nuestra doctrina, y ha justificado muchas de mis actuaciones y prioridades. Tras la muerte de mi progenitor, mi madre, natural del valle del Ródano y criada en varios pueblos de la Septimania, tomó el camino de Granada por intermedio de los monjes de San Pedro de Roda, finisterre del Pirineo. No hubo negociaciones previas, solo el preceptivo acuerdo de familia. Una plausible cumplimentación del levirato por el que el hermano soltero debía hacerse cargo de la mujer que dejaba el difunto. Los de Granada recibieron el mandato, toda vez que mi madre y yo, todavía en su vientre, desembarcábamos en Almería. Mi madre pertenecía a la secta llamada de los circuncisos*. Doble motivo por el que, a los siete días de mi nacimiento, me sometieron en la sinagoga al sagrado sacrificio de la carne, para no ser jamás arrancado de mi pueblo, según ordenó el Señor al padre Abraham y reza nuestro Libro Sagrado.

Los que tardaron en conocerme dieron por sentado que yo pertenecía a aquella secta de herejes que aunaba principios religiosos cristianos y judaicos, rigiéndose estrictamente por la antigua Ley mosaica. De manera que durante algunos años me sentí extrañado por ser llamado de un modo diferenciado el Circunciso por otros también circuncidados. Extrañado igualmente al sentirme llamar septimano, franco o galo; y sobre todo, extrañado por la dulcísima lengua que mi madre me iba enseñando. Tardé casi toda mi vida en percatarme de que jamás sería posible aplicar la doctrina que practi-

caba mi buena madre. En efecto, en Granada fui testigo de cómo el odio separaría para siempre las tres ramas del tronco de Abraham. Después de la deseada y aceptada invasión árabe, padecimos el miedo; más tarde, su falsa tolerancia; y finalmente, su intransigencia. A estas tres prácticas se sumaron los propios cristianos conforme avanzó su conquista.

Y así, en Granada, en este ambiente maravilloso, resto de aquel que el profeta Mahoma llegó a prefigurar como paraíso inmediato, se debatían razas, castas bastardeadas, renegados de todas las religiones y procedencias, huidos de guerras lejanas y cercanas, a la sazón, escapando todos de la miseria. Porque Granada había abierto sus puertas a los que abandonaban el valle del Gran Río de Córdoba —también lo era de Sevilla—, que hacía tiempo surcaba tierras asoladas por las guerras, incultas por las sequías, en las que el hambre anulaba cualquier intento de vivir en paz, si verdaderamente alguna vez había existido. El hambre obligó —tal vez solo fuera el pretexto— a que los cristianos se casaran con mujeres moras, bereberes en su mayoría, que no cedían en orgullo de raza ante la escasa élite de árabes puros, descendientes de sirios, yemeníes y persas. A su vez, estos no tuvieron reparos en tomar mujeres cristianas o judías; lo hicieron sus reyes y altos dignatarios. La mujer no interfería en la estirpe; era solo el varón quién la mantenía y transmitía. Sin embargo, sobre todo en la más alta categoría, en la realeza, era la mujer, la madre natural, quien la distribuía. Hubo conversos en los tres bandos. Y como el tiempo pasaba sin que ello suscitara el castigo divino, la sangre de los descendientes se fue diluyendo sobre un nuevo pueblo decididamente oriundo de al-Andalus, de identidades perdidas que, ahora, cuando todo parece perdido y en plena decadencia, se empeñan ridículamente en recuperar.

En cuanto a mí, el rabino de la sinagoga dejó escrito: «Yehúdah nace en un periodo de paz interior y exterior, en un principio de hermanamiento que parece que le hubiera acompañado desde la

Septimania. Yehúdah no padecerá nunca por la guerra». Efectivamente, Muhammad firmó entonces en Marbella la paz con Abu Yusuf Yaqub, el rey de los benimerines, que al parecer estimaba a nuestro pueblo. «En Fez y Granada seguirán necesitando hombres de nuestra sangre, sabios. Yehúdah sucederá a su padre con sus mismas cualidades», pronosticó el rabino.



PRIMERA PARTE

ALMUNIA DE IBN AL-JATIB

Otoño de 1375 de la Era Cristiana

